

OPINION

Justo Gárate, un humanista

JUAN SAN MARTIN

Ararteko del País Vasco

Franco, se exilió en la Argentina, llegando a ser, primero, profesor contratado en la Cátedra de Patología Médica de la Universidad de Mendoza y, posteriormente, titular de la Cátedra de Clínica Médica y vicedecano de dicha facultad.

Podría dar estos datos, de por sí ilustrativos de una vida intensa, y añadir otra lista de méritos: sus publicaciones sobre los más diversos temas, y no sólo médicos, sus autorizadas traducciones de las obras de Guillermo Von Humboldt, creador de la moderna Filosofía comparada, del que es experto reconocido mundialmente, sus trabajos sobre la Historia vasca o sobre Filología y Etimología...

Podría hablar en extenso de innumerables facetas de su actividad humana e intelectual, con la convicción íntima de que, al final, siempre se me iba a olvidar alguna: las tertulias y controversias epistolares que mantuvo con Unamuno; su trato con Buñuel; la admiración que siente por Cervantes y Goethe, que Von Humboldt, forman su trilogía de autores preferidos; la penetración, pese a la distancia, con su país de origen, y que le obligó en su día a polemizar con Borges, por unas opiniones despectivas sobre los vascos del escritor argentino; su universalismo, por el que ha estado atento al surgimiento y desarrollo de las realidades mundiales, fueran científicas, políticas o culturales; su inquietud por el ascenso de Hitler; su participación decidida en la evacuación de 500 niños a Burdeos en la finalización de la guerra civil...

Me he limitado a exponer retazos sueltos, aunque significativos, de una biografía apretada. Son suficientes para plasmar un estilo de vida, una forma de ser que debería servir

de ejemplo a este país y, en concreto, a sus nuevas generaciones, demasiado instaladas en mi opinión, en una indiferencia acomodaticia o en la intransigencia y el fanatismo más extremos. Actitudes ambas que coexisten y que forman las dos caras de una misma realidad. Ambas tienen algo en común: la pereza de abrirse a nuevas realidades, nuevas experiencias, nuevas fronteras. La pereza de investigar.

Pío Baroja escribió, creo que simplificando, que el vasco se caracteriza fundamentalmente por ser hombre de acción, más que de palabras. Justo Gárate escapa al estereotipo de lo vasco y se nos revela como hombre de acción y de reflexión. Un hombre que traspasa fronteras; no sólo fronteras geográficas o de lengua (domina siete idiomas). También las que podrían imponerle su propia especialidad profesional en una época en la que la especialización tiende a limitar los conocimientos y, lo que es peor, el ansia de un saber global que caracteriza un espíritu humanista.

Quizá esta definición, la de humanista, sea la que mejor cuadre al espíritu inquieto que ha sido y sigue siendo Justo Gárate. Lejos de aislarse en torres de marfil profesionales, y podía haberlo hecho, su trayectoria vital se ha caracterizado por una constante apertura hacia una realidad que no admite ser fragmentada. Una realidad que no pasa únicamente por la dedicación científica y la actividad intelectual, porque también requiere el compromiso político cuando las circunstancias lo demandan. Ninguno de ellos ha sido descuidado por Gárate. ¿No son actitudes semejantes, ajenas a dogmatismos y estrecheces mentales, las que está demandando a gritos este país?

Cuando tanto se habla de cultura vasca, y a veces de manera tan tendenciosa, cuando echamos de menos la recuperación de ciertos valores cívicos, cuando exigimos altura intelectual que permita un avance progresista del país, creo que los vascos no podemos desear experiencias como la que representa toda una trayectoria vital, a mi juicio ejemplar: la de Justo Gárate, a quien, aunque tarde, deseo felicitar con toda mi alma desde estas líneas.

Guerra y la Prensa

ANTONIO PAPELL

CONTABAN ayer los periódicos que Guerra lanzó algunas puyas a la Prensa española, afirmó que su partido es mejor pagador que algunos grupos de comunicación, y no quiso hacer balance del papel que ha desempeñado la Prensa española estos últimos años (porque para eso «dijo» «tendría que sacar el incensario»). Afirmó sin embargo que leería con interés los balances que la propia Prensa hiciera sobre su labor.

Es bien cierto que la Prensa española, en general, no está por encima, en términos cualitativos, de la media nacional en todos los aspectos. Es este un país políticamente joven, culturalmente inseguro y en proceso de transformación y afirmación nacionales. En consecuencia, la comunicación, también sujeta estos últimos tiempos a numerosos vaivenes, ha sido el fiel reflejo de las incertidumbres políticas y sociales.

Sólo el corporativismo podría, pues, motivar un elogio incondicional a los medios de comunicación, que han respondido a la pluralidad del cuerpo social. Los periodistas somos los primeros en saber que la panoplia informativa va desde la excelencia a la indignidad, desde la lealtad a los valores democráticos y hasta zonas sospechosamente al margen de la democracia íntegra. Pero sentada esta visión objetiva que reconoce errores y excesos, que no vacila en admitir que la Prensa se ha excedido a veces, que lamenta que no haya más rigor y ecuanimidad en la información, que reprocha que se mezcle demasiado a menudo información y opinión, resulta necesario obtener una conclusión global que me parece indiscutible: los medios de comunicación, en general, han servido lealmente al régimen político, han contribuido a depurar la democracia, han ejercido una función loable en el desentrañamiento de la corrupción, han estimulado la participación política, han suplido incluso cauces de representación cegados por razones que no vienen al caso, han dado voz a la inmensa mayoría de los sectores sociales, han servido, en fin a la sociedad.

No conduciría a nada hacer a continuación de estos juicios una pormenorización de las conductas. No tiene interés si tal o cual periódico es o no amarillo, o si ésta o aquella cadena juega o no a preservar determinados intereses dudosos. Lo verdaderamente importante es que el conjunto de los medios de comunicación, el sistema global de la información, cumpla con la misión que le compete en democracia. Misión que, sintéticamente, es la promoción de la libertad de expresión, el establecimiento de un nexo informativo entre todos los sectores sociales y también es preciso entenderlo el desempeño de una función fiscalizadora del poder.

Insisto, no puede haber dudas fundadas acerca de que este papel global ha sido cumplido muy aceptablemente. No necesita Guerra incensarios porque aún en este juicio genérico caben las críticas.

CON fecha de 4 de noviembre del presente año, me llegó por carta la agradable noticia: S. M. el Rey Juan Carlos I le concedía a Justo Gárate la Cruz de Caballero de la Orden de Isabel la Católica. El acto de imposición de esta distinción había tenido lugar el pasado 18 de octubre en el Salón de Cultura Hispánica de la ciudad de Mendoza (Argentina) donde Gárate reside en la actualidad.

La noticia me la comunicó un familiar de Gárate, sabedor de la amistad que me une a él desde hace muchos años. Ocupaciones diversas e ineludibles me han impedido hasta la fecha hacerme eco de este hecho que, en mi opinión, no debería pasar desapercibido por razones de estricta justicia.

La justicia, pues, y la amistad me obligan a divulgar la noticia y glosar, al mismo tiempo, una figura vasca universalmente clasificable. Porque ésa es la primera impresión que siento al hilvanar estas líneas: la dificultad para encuadrar correctamente a una personalidad que escapa a todos los esquemas.

Podría resumir su biografía diciendo, por ejemplo, que nació en Bergara con el siglo; que realizó sus estudios de medicina a lo largo de varias facultades universitarias españolas; que perfeccionó sus conocimientos en amplias estancias por las capitales europeas, en las que se relacionó con los intelectuales más representativos de la época; que en 1936 jugó un papel decisivo en la creación de la Universidad del País Vasco, de la que fue profesor de Patología General en Bilbao; que puso su profesión al servicio de la causa republicana, con la que estaba compenetrado; y que, tras el triunfo de



Nueva fiebre: los despachos

MANUEL AGUD QUEROL

Lo malo de esta enfermedad es su alto poder de contagio. Cada nuevo nombramiento genera el correspondiente «staff» burocrático, que muy pronto segrega folios y expedientes que lo justifique, hasta hacer imprescindible su inútil existencia.

Si se decía de los italianos de los años cuarenta y cincuenta que su sueño era poseer una «Vespa» y tener una aventura con Sofia Loren, trasladado a nuestro entorno, el sueño de cualquier militante político, por modesto que sea su cargo, aspira a un buen despacho con el equipamiento personal que lo haga agradable, al menos a la vista. Y a la creación del susodicho despacho se subordinan las verdaderas funciones. Pongamos, por ejemplo, la construcción de un centro de salud. Los profesionales que han de servirlo deben disponer de espacio para recepción de pacientes y, como complemento, una limitada organización administrativa que atienda al conjunto.

Se han invertido doscientos millones y los ingenios creían que esas instalaciones miraban a la eficacia médica; pero he aquí que un día se les anuncia la limitación de espacio de atención clínica para la ampliación de

los despachos de una nube de cargos burocráticos (más bien que administrativos) antes inexistentes y completamente inútiles, con la «casual» agravante de su vinculación a la política del momento o del partido.

El ejemplo médico lo podemos trasladar a cualquier organismo oficial, ayuntamiento, diputación, entidades autonómicas o lo que sea. Aquí todo el mundo aspira a disponer de un despacho con sus correspondientes subordinados, y el país se está llenando de éstos hasta cifras de escándalo. Se ha insistido mucho en esos 750.000 cargos de confianza engendrados por el Gobierno actual. Suponemos que englobarán el personal de las comunidades autónomas, cuya floración contribuye al bienestar de sus beneficiarios y familiares, y como consecuencia, al aumento del déficit público, que ése sí hemos de sufragarlo entre todos.

La cantidad de puestos que existen en la administración educativa, por ejemplo, es de tal volumen que no creemos haya nadie capaz de conocerlos en su integridad, y todos ellos con sus múltiples despachos.

Se está burocratizando el país de tal manera que resultará imposible resolver ningún asunto por la cantidad de organismos por

los que hay que pasar para, al final, no conseguir nada y salir desesperados.

¿Y qué decir de la fronda de ese nuevo género infiltrado en la organización nacional a todos los niveles (los asesores)?

¿Es verdad que una populosa ciudad del norte dispone de una «batería» de cincuenta personas como asesores del alcalde?

¿Es verdad que frente a los treinta o cuarenta del jefe del Gobierno inglés nosotros le proporcionamos al nuestro alrededor de cuatrocientos?

Entre despachos, asesores, directores generales y los cien mil nuevos cargos surgidos al amparo de las autonomías y de la inflación del poder central, ¿cómo demonios va a disminuir el déficit público con toda esa carga de personal, cuya competencia global nos creemos autorizados a poner en duda?

Queríamos haber escrito sobre el candente y burocratizado problema educativo, pero como se está convirtiendo en obsesión lo denunciado, había que quitarse la espina.

Y por cierto, que nos anuncian como está a punto de sacrificarse el espacio de una biblioteca a un reducto administrativo antes inexistente. Es de esperar que no se cumpla el presagio.